

Presentación del libro "Conversaciones con Javier Pérez de Cuéllar - Testimonio de un peruano universal" de Harold Forsyth

Hoy, quien sabe más que nunca, debemos dar la bienvenida, por necesarias y oportunas, a las conversaciones con Javier Pérez de Cuéllar que nos presenta Harold Forsyth. Necesarias porque requerimos constantemente avivar la reflexión sobre los grandes temas de la hora en los que le cupo tan destacada actuación y oportunas porque lo ocurrido ayer nos recuerda de manera brutal y horrorosa que la paz no es una lotería que se gana por azar, sino el fruto de la persistencia de los esfuerzos por construirla. Así lo entendió Pérez de Cuéllar desde temprano.

Estas conversaciones que leemos con agrado e interés nos muestran situaciones, personajes y eventos -a veces sumamente dramáticos- que hacen parte de su recorrido vital y profesional.

Las breves noticias que nos da sobre su formación y desempeño en el servicio diplomático permiten, sin embargo, tener la impresión de que quién sabe sin pensarlo y menos aún deseándolo se estaba preparando para responsabilidades cada vez mayores. Quisiéramos conocer más de ese recorrido y nos queda la esperanza de que, como él mismo lo plantea en su comentario final, las conversaciones que comentamos sean esbozo y estímulo de las memorias que nos sentimos tentados a reclamarle.

No ha sido por accidente que el primer libro de Pérez de Cuéllar fuera de derecho diplomático, disciplina que integra su profunda adhesión a la norma jurídica como guía del comportamiento de los Estados y de las personas, con la gestión diplomática a la que dedicaría su inteligencia y esfuerzo.

En sus años de carrera diplomática, Pérez de Cuéllar progresó con brillo y responsabilidad en todas las etapas. Alejado por igual del carrerismo o la procura de influencias y apoyos políticos, hizo parte con Carlos García Bedoya y otros dedicados servidores del país, de una generación excepcional que comprendió la necesidad de cambio, que incluía naturalmente un cambio de política exterior. Está vivo el recuerdo de esos años estupendos de creatividad y renovación, sustentadas no en aires a la moda sino en sólidos esfuerzos de análisis, reflexión y conceptualización.

Conozco al Embajador desde mi ingreso al Servicio, hace muchos años y debo empezar recordando su permanente preocupación por los jóvenes, su formación y sus inquietudes. Tuve el privilegio de trabajar directamente con él buena parte del año 1975 y con los colegas de Nueva York lo

despedimos rumbo a la responsabilidad que Naciones Unidas le había confiado en Chipre.

A ello seguirían otras responsabilidades al servicio del país y de la organización internacional hasta que, la incomprensible denegatoria política a que asumiera la Embajada en Brasil lo decidió a poner fin a su carrera. Estoy seguro que, más que personales, sus razones estaban vinculadas al servicio y al país; como lo estuvieron en su oportunidad las del embajador Allan Wagner y, sin pretender comparación, en mi momento lo estuvieron igualmente las mías.

No sorprende entonces, que una persona que llegara a tener tan indiscutible claridad en su visión del mundo, del estado, la sociedad, la cultura y de sus propias raíces e identidad, se encontrara perplejo frente a situaciones en su propio país, en las que su actuación profesional o política fuera mal interpretada y hasta cuestionada. La evolución misma del Perú, sin embargo, no solamente lo ha reivindicado sino que lo ha recuperado para su servicio, pues servir al Perú ha sido a lo largo de muchos años, y lo sigue siendo hoy, la primera de sus preocupaciones y el principal motivador de sus esfuerzos. Ya era hora de que el reconocimiento universal de que goza fuera entendido y compartido por sus propios compatriotas, para beneficio de todos nosotros.

Con su elección como Secretario General de las Naciones Unidas, Pérez de Cuéllar le dio al Perú un título que solamente tendría algún otro país. Peruanos fueron Víctor Andrés Belaúnde que ocupó la Presidencia de la Asamblea General y José Luis Bustamante y Rivero que fue Presidente de la Corte Internacional de Justicia. Encabezar los principales órganos de la organización mundial no es solamente demostrativo de la calidad de las personas y del prestigio que pudo alcanzar nuestro país, sino también indicativo de que no tenemos por qué vegetar en las áreas grises de la marginalidad jurídica y política de las naciones que funcionan y progresan.

Estas conversaciones invitan a un diálogo adicional con el recuento de algunos aspectos de la gestión del Embajador Pérez de Cuéllar como Secretario General, publicado con el título de "Peregrinaje por la paz". Peregrino fue, en efecto, quien en un mundo en dramática transformación que liquidaba un sistema sin llegar a constituir otro más adecuado, recorrió la aldea global no solamente predicando sino también gestionando la paz. Diplomacia preventiva, diplomacia de crisis, diplomacia de conflicto, no hubo forma de diplomacia honesta que no practicara para evitar, detener o resolver los conflictos. Tuvo éxitos pero hubo también ocasiones en que todos los esfuerzos no fueron suficientes. Su conciencia del desperdicio que

constituye el conflicto se revela en algunos pasajes de cierta amargura de saber de antemano que el resultado sería una situación aún peor que la que precedía el conflicto.

Los conflictos son, en última instancia, responsabilidad de los dirigentes y Pérez de Cuéllar a conoció muchos de ellos, los mejores, los medianos y los peores. Su parquedad en la crítica hace que solamente se advierta entre líneas el disgusto de tener que lidiar con grotescos personajes cuyo poder mal usado sólo puede explicarse en términos de carencia democrática. Pero habla también del estímulo que representaba trabajar por la buena causa con los más esclarecidos estadistas.

Con méritos más que suficientes, debió entonces recibir un premio Nobel de la Paz. Lo hizo, pero no a título personal sino en representación de las fuerzas de paz. Esto no está entre sus preocupaciones pero nosotros si podemos considerar que hubiese sido justo y, quién sabe, nos hubiese ayudado a todos los peruanos a comprender mejor la dimensión de este peruano universal como lo llama Harold Forsyth.

Más adelante, insistió en servir a su país primero como candidato a la Presidencia de la República y recientemente como Presidente del Consejo de Ministros y Canciller del gobierno transitorio que tanto hizo por la recuperación democrática. En todo momento, su exitosa gestión tuvo también un sentido de pedagogía política. Mostró, entre otras cosas, que no era solamente un cambio de gobierno sino de la manera de gobernar, que los peruanos podemos vivir en democracia y que el país si puede alcanzar y consolidar niveles de prestigio que condigan con su historia y su cultura.

Eso y mucho más estamos recibiendo del embajador Pérez de Cuéllar en circunstancias en que se apresta a asumir nuevas responsabilidades en servicio del Perú. Otra vez peregrino, gestionará apoyo para la reconstrucción del sur del país. En lo que concierne a la UNESCO, tenemos presente que ha sido Presidente de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo que produjo valiosa recomendaciones, las cuales deberíamos aplicar. Respecto a Francia es evidente que el país le está enviando a quien muestra “Un parcours sans faute” y conoce su personalidad política y cultura como pocos. Debemos estar atentos a sus nuevos logros para nuestro país.

Agradecemos pues a Harold Forsyth por haber compartido con nosotros estas conversaciones con Pérez de Cuéllar que nos permiten recuperar vivencias, unas pocas de las cuales tuve el honor de compartir. Al Embajador Pérez de Cuéllar hay mucho que agradecerle pero no sé si

habría palabras suficientemente adecuadas y, si las hubiera, lamento profundamente no poderlas expresar.